

## Aprehensión de Madero y Pino

Las versiones relativas á que el 29o. Batallón había defecionado pasándose á las filas felicistas; los rumores insistentes de que más de cincuenta soldados habían sido fusilados en la Tlaxpana por incitar á la rebelión á sus compañeros, se desvanecieron al saberse la llegada del batallón que comandara el General don Aureliano Blanquet, y que con tanto éxito peleara contra los zapatistas en los Estados de Morelos y México.

El General Blanquet, tan pronto como llegó á Tacuba, rindió parte de ello al Comandante Militar de la Plaza, General don Victoriano Huerta, el cual le indicó que sus fuerzas acamparan en la Calzada de la Tlaxpana y se trasladara á la Comandancia para recibir órdenes.

El Jefe del 29o., dejó el mando del batallón al Teniente Coronel Teodoro Jiménez Riverol, y se trasladó á esta capital para conferenciar con el señor General Huerta.

¿Qué fué lo que se trató en aquella conferencia?

Nadie lo sabe, pero es posible que los dos viejos militares hayan estudiado la situación del país, orillado á la catástrofe por el Gobierno.

El General Blanquet regresó á la Tlaxpana y ordenó á su columna el avance á la capital.

Los soldados fueron desfilando por las calles de San Cosme hasta llegar al Palacio

Nacional, en donde acamparon aquella noche.

El martes, el General Blanquet volvió á conferenciar largamente con el señor General don Victoriano Huerta, el cual le dió á conocer que quedaba nombrado Comandante de la Plaza y Ministro interino de la Guerra.

El señor General Huerta, alzando la voz para dar una entonación de mando á sus palabras, dijo al General Blanquet.

—Queda usted nombrado ministro interino de la Guerra y Comandante Militar de México.

—Yo no quiero nada para mí—contestó el señor General Blanquet

—Yo se lo ruego—repuso el General Blanquet.

—No puedo aceptar—repitió Blanquet.

—Entonces se lo mando.

—Si es así, acepto.

A esas palabras los dos militares se abrazaron estrechamente y los que habían presenciado la escena prorrumpieron en aclamaciones de “¡Viva Blanquet!” “¡Viva el Presidente Huerta!”

Las guardias de Palacio fueron relevadas por soldados del 29o. Batallón, por orden del señor General Blanquet, que ya se había hecho cargo del puesto que le encomendara el General Huerta.

Minutos antes de que esto se efectuara, cuando el señor General Huerta comunicó su determinación al jefe del 29o. Batallón le habló apliamente sobre la difícil situación por que atravesaba la capital de la República; del desprestigio que México estaba adquiriendo en el extranjero; de las fatigas del Ejército y de su división por razón de partidos. ¡La fra-

ternidad y unión del Ejército se desmoronaba siniestramente por un capricho del mandatario! ¡La solidaridad, conquistada después de tanta sangre, caía estrepitosamente por tierra! . . . . El General Huerta le comunicó las indicaciones que le hubiera hecho la Cámara de Senadores para poner fin á esa angustiosa situación; le hizo ver los anhelos de paz de la República. El General Blanquet estrechó silenciosamente la mano del General Huerta, y vivamente emocionado le dijo: "Cuenta usted conmigo."

El proyecto para derrocar al Gobierno maderista que había hecho correr ríos de sangre mexicana, desde las fronteras del Norte hasta las de Guatemala, á causa de esa sed insaciable de oro de una familia estaba formulado.

Se aprehendería al Presidente Madero, al Vicepresidente Pino Suárez y á sus Ministros; el General Huerta asumiría el mando de la Nación como Encargado del Ejecutivo hasta que tomara posesión al Presidente nombrado por el pueblo en las elecciones á las que se convocaría.

Todo estaba preparado, y el proyecto debería ponerse en práctica desde luego.

El General Blanquet hizo llamar al Teniente Coronel Jiménez Riveroll, el Mayor Izquierdo y el Mayor Enrique González, los cuales acudieron ante su jefe. Este les dió instrucciones para que se presentaran al señor Madero y le exigieran su renuncia, así como al Vicepresidente de la República, Lic. Pino Suárez, y á los miembros del Gabinete.

En uno de los salones de la Presidencia, se encontraban deliberando el Sr. Madero, el

Sr. Pino Suárez, los Ministros Lascurain, de Relaciones; Vázquez Tagle, de Justicia. Hernández, de Gobernación, y Bonilla de Fomento.

También se encontraban allí, el Capitán Gustavo Garmendia, nombrado hacía tres días Inspector General de Policía; los Capitanes Montes y Mariano Vázquez Schaffino y Casarín, ayudantes del Presidente Madero, y el Sr. Marcos Hernández, hermano del Ministro de Gobernación.

Inesperadamente se introdujeron al salón el Teniente Coronel Riveroll y los Mayores Izquierdo y González, acompañados de un piquete de soldados del vigésimo noveno Batallón.

El Presidente Madero se levantó de su asiento visiblemente nervioso y le preguntó al Teniente Coronel Jiménez Riveroll qué era lo que deseaba:

—El Ejército y la Patria le piden á usted su renuncia—contestó el segundo jefe del 29o. Batallón.

El Presidente Madero, fuera de sí, replicó que quien le exigía su renuncia no era más que un traidor, pues él, Madero, había sido legítimamente electo por el Pueblo.

El Teniente Coronel Jiménez Riveroll llevaba instrucciones enérgicas y echó mano al brazo del Presidente Madero pidiéndole que se diera preso.

El Sr. Madero dió un paso atrás y sacó su revólver disparándolo sobre el Teniente Coronel Riveroll, que cayó muerto en el acto, en la mullida alfombra del salón presidencial, manando sangre en abundancia por las heridas que le causaran los proyectiles.

El Capitán Garmendia había cometido un acto análogo. Al arrojarse el Mayor Izquierdo sobre Madero para desarmarlo, cuando vió que trataba de sacar el revólver de la bolsa trasera del pantalón, fué tomado en brazos por Garmendia, quien, teniéndolo dominado, le disparó en un ojo, á quemarropa.

Los soldados, al ver caer heridos á sus jefes, apuntaron sus armas con dirección al grupo que formaban Madero y sus Ministros, é hicieron fuego en el acto, por órdenes del Mayor González. Cayó herido mortalmente el hermano del Ministro de Gobernación, Marcos Hernández.

Aprovechándose de la confusión, el Sr. Madero huyó con dirección al elevador. Al tratar de escapar por la puerta de Honor, fué detenido por el señor General D. Aureliano Blanquet, quien le dijo:

—“Es usted mi prisionero.”

—“No señor, yo soy el Presidente de la República”—replicó Madero.

En estos momentos se aproximó un Oficial del 29o. al Sr. General Blanquet y, cuadrándosele militarmente, le refirió que habían matado al Teniente Coronel Jiménez Riveroll y al Mayor Izquierdo.

—“Ha matado usted, á mi brazo derecho, dijo el General Blanquet, mirando al Sr. Madero severamente.

—“¿Y quién es su brazo derecho?”—preguntó el prisionero.

—“Llévenselo”—repuso el General Blanquet con desdén.

—“Mátame usted de una vez”—gritó entonces Madero.

El Presidente depuesto fué introducido



*Muertos en la hecatombe de la plaza.*

más tarde en la Intendencia del Palacio donde se le dejó incomunicado con dos centinelas de vista.

Por los salones de Palacio se desarrollaban escenas intensamente emocionantes.

El Vicepresidente de la República y los Ministros, al ver que los soldados apuntaban sobre ellos, huyeron temerosos de ser muertos.

Trataron de escapar, unos por la Secretaría de Guerra y otros por la puerta que da acceso al Cuartel de Zapadores.

Todos fueron aprehendidos por los soldados del 29o. Batallón, apostados en los sitios de salida.

Los únicos que pudieron huir fueron el Capitán Gustavo Garmendia y el intendente Bassó; del primero se dice que durante los días que fungió como Inspector de Policía cometió innumerables atropellos con los que le "parecían felixistas," y que fué el que ordenó más de setenta ejecuciones en el interior de las comisarías.

El Ministro de Gobernación, Lic. L. Rafael Hernández, quedó en libertad bajo su palabra de honor, sucediendo lo mismo con los otros Secretarios de Estado.

Al pasar el General Rubio Navarrete por la estancia donde estaba detenido el Presidente Madero, éste le preguntó:

— Qué á usted también lo hicieron preso? . . . . .

— ¿Yo por qué?—repuso el Comandante de la Artillería.

## La hora del triunfo

El espíritu decaído por diez días de interminable lucha; herido por la desesperanza, fustigado por el prejuicio, atormentado por el cuadro desgarrador que los ojos asombrados miraran, fué sacudido de manera súbita por una conmoción intensamente fuerte. Las campanas de los templos repicaban haciendo pública la victoria; el sol irradiaba sobre la ciudad é iluminaba el espectáculo de todos los habitantes de la gran urbe que salían á la calle y lanzaban gritos de entusiasmo.

El corazón no quería dar crédito á lo que los oídos escuchaban. Las campanas seguían repicando á todo vuelo. . . .

Se creyó en un principio que se trataba de un nuevo ardor de la porra, que en los días de lucha había desplegado toda su actividad; que la "maffia" maderista recurría al artificio de blasonar un triunfo falso con las "lenguas de hierro," y con las dianas de bandas y cornetas.

Nadie creía que, en efecto, el Gobierno había sido derrocado; pero el convencimiento llegó poco después, cuando corrió por todas las calles la noticia de que el Presidente Madero y su Gabinete habían sido capturados en el Palacio Nacional y que los jefes de la Ciudadela habían llegado á un acuerdo por el cual cesaba la lucha.

Las calles, que en días pasados fueran cruzadas por automóviles de guerra ó por los abnegados miembros de las humanitarias ins-

tituciones de la Cruz Roja y Blanca, fueron invadidas por multitudes alegres y bulliciosas que en medio de infinita algarabía vitoreaban á los Generales Huerta, Blanquet, Félix Díaz y Mondragón.

Alegres grupos de personas pasaban conduciendo los vehículos de alquiler y los particulares. Se abrazaban los desconocidos en plena vía pública, felicitándose, riendo y llorando de alegría.

De millares de gargantas se escapaban gritos de entusiasmo.

Por la ciudad, poco antes regada de cadáveres, silenciosa y sobrecogida por el terror, iban ahora millares de personas que se detenían á contemplar los desperfectos sufridos, á vitorear á los rebeldes de la Ciudadela, á ver las habitaciones que habían abandonado en los sitios de más peligro. El miedo colectivo se trocaba en inmensa alegría.

Por la Avenida de San Francisco la multitud se desbordaba. La noticia de la caída del Gobierno Maderista llegó hasta los hogares más humildes, y era acogida con verdaderas demostraciones de regocijo.

¡Ya tendrían paz, después de tantos días de guerra! ¡Ya podrían vivir tranquilos, pasadas tantas horas de sobresalto!

Y; á medida que el tiempo transcurría, las calles se veían más concurridas. En los edificios de extranjeros ondeaban las banderas de todas las naciones.

Estandartes con inscripciones alusivas, eran leídos con verdadero interés; y pasaban majestuosos por encima de millares de cabezas.

Frente al Palacio Nacional la muchedumbre aplaudía frenéticamente á los generales Huerta y Blanquet, que desde uno de los balcones de la Comandancia Militar presenciaban aquella manifestación de simpatía de un pueblo que se consideraba alejado del peligro de perecer.

Automóviles llevando á bordo á los representantes de los países extranjeros salían de palacio, y los diplomáticos eran también objeto de las demostraciones de simpatía del pueblo. D. Bernardo de Cologan y Cologan, visiblemente conmovido, daba las gracias estrechando muchas manos que efusivamente estrechaban la suya.

En medio de una algarabía ensordecedora el señor General Huerta se dirigió al pueblo, diciéndole que ya habían cesado las hostilidades, que la paz sería un hecho; que ya podía renacer la paz en los espíritus y la tranquilidad en los hogares, y que al día siguiente ya se podrían reanudar los trabajos interrumpidos desde el domingo nueve.

La voz del viejo militar que comandara la división del Norte, que batió á los rebeldes fronterizos, temblaba por la emoción. Exhortó al pueblo para que se condujera con orden y prudencia, coadyuvando de esta manera al restablecimiento de la paz. Ya para terminar, dijo que pondría desde luego en libertad á los aspirantes y soldados felixistas que estaban prisioneros. Los aplausos se multiplicaron, y los vítores á Huerta y Blanquet fueron ensordecedores.

—¡Viva el 29o. Batallón! ¡Viva el general Blanquet! ¡Viva Félix Díaz! ¡Viva el ge-

neral Huerta! se escuchaba por todas partes.

La banda del 29o. Batallón salió de Palacio batiendo dianas, en medio de delirantes ovaciones.

En todos los rostros se miraba la alegría; en todos los ojos había un reflejo de infinito regocijo.

La banda recorrió varias calles, y las notas triunfalmente dulces de la diana, quedaban tremolando en el espacio como un anuncio de paz.

El corazón se sentía conmovido y se veían por muchas mejillas pálidas correr tímidamente dos lágrimas, como líquidas perlas.

Frente al Restaurant Gambrinus, la muchedumbre rugía su furia, sedienta de venganza. Pero los sentimientos nobles vencieron ese deseo de sangre.

La noticia de que el general Huerta asumía el mando del Poder Ejecutivo, fué enviada á los rebeldes de la Ciudadela. El general Angeles, con sus cañones emplazados en la calzada de la Teja, había cesado ya de hacer fuego sobre los rebeldes victoriosos.

Grupos de militares, á su paso por las calles, eran vitoreados y aplaudidos. Una numerosa manifestación recorría las principales arterias de la ciudad, llevando grandes cartelones con distintas inscripciones: "¡Paz!" "¡Viva el general Díaz!" "¡Vivan los generales Huerta y Blanquet!" "¡Viva la Paz!"

De Palacio á la Ciudadela iban y venían los manifestantes, sin decaer ni un momento su animación.

La noche empezaba á tender su manto de tiniebla sobre la ciudad de los Palacios. Al pasar la manifestación por el edificio que ocu-

para el periódico órgano del Partido Constitucional Progresista, "Nueva Era," se lanzaron mueras á sus redactores y varias piedras rompieron cristales. Alguno sugirió la idea de prenderle fuego al periódico que, con su vocabulario soez, no respetara ni la dignidad de una dama, y la idea fué acogida con beneplácito. Se colocó combustible en las puertas y se prendió fuego al edificio.

La obscuridad era absoluta por aquella zona de la ciudad, pues los cables de la luz eléctrica habían sido destruidos durante el bombardeo. Pronto, entre los gritos de júbilo de los soldados, las llamas lamieron las paredes del periódico porrista y empezaron á consumir todo lo que á su paso encontraban. Y el resplandor rojizo del incendio se miraba á grandes distancias. Las llamas parecían llegar al cielo.

Mientras tanto, por otras partes de la ciudad, el entusiasmo continuaba en su apogeo. Las manifestaciones se sucedían unas á otras.

En las esquinas de las calles apareció pegado el siguiente manifiesto del señor general de división don Victoriano Huerta:

### AVISO.

En vista de las circunstancias difícilísimas por que atraviesa la Nación, y muy particularmente en estos últimos días la Capital de la República, la que, por obra del deficiente gobierno del señor Madero, bien se puede calificar su situación casi de anarquía, he asumido el Poder Ejecutivo, y en espera de que las Cámaras de la Unión se reúnan desde luego, para determinar sobre esta situación política actual, tengo detenidos en el Palacio Nacional al señor

Francisco Madero y su gabinete, para que, una vez resuelto ese punto y tratando de conciliar los ánimos en los presentes momentos históricos, trabajemos todos en favor de la paz, que para la Nación entera es asunto de vida ó muerte.

Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo, á 18 de Febrero de 1913.

El general Comandante Militar encargado del Poder Ejecutivo.

### V. HUERTA.

¡La hora del triunfo había llegado!. . . .

En la Ciudadela, la noticia fué recibida con verdadero júbilo. En los rostros de los valientes defensores de la Ciudadela, quemados por el sol y ennegrecidos por la pólvora, se dibujaba el gesto de la victoria, que coronaba el esfuerzo con el derrocamiento del régimen maderista.

Las escenas que se desarrollaron en el interior de la fortaleza fueron del más grande entusiasmo. Los defensores de ella se abrazaban efusivamente; llegaron las familias de los combatientes y hubo escenas conmovedoras.

Se lanzaban vivas á los jefes del movimiento que derrocara á la administración maderista, y muchas armas fueron disparadas al aire en señal de regocijo.

¡La hora del triunfo había llegado!. . . .

El señor general Díaz y el señor general Mondragón, recibieron la noticia de que el gobierno maderista había caído, por enviados del señor general Huerta.

La muestra de mayor desinterés que dió la revolución encabezada por el general Díaz, fué la alianza que celebró desde luego con los

soldados que, después de haber permanecido fieles al gobierno, decidieron resolver la situación con la captura del señor Madero y de los miembros más prominentes de su familia y de su administración.

El siguiente documento, en forma de manifiesto, circuló, corroborando el que había publicado anteriormente el señor general Huerta:

"Al pueblo Mexicano:

"La insostenible y angustiosa situación por la que ha atravesado la capital de la República, ha obligado al Ejército, representado por los suscritos, á unirse en un sentimiento de fraternidad, para lograr la salvación de la Patria, y, como consecuencia, la Nación puede estar tranquila; todas las libertades, dentro del orden, quedan aseguradas bajo la responsabilidad de los jefes que suscriben y que asumen desde luego el mando y la administración en cuanto sea preciso para dar plenas garantías á los nacionales y extranjeros, ofreciendo que, dentro del término de setenta y dos horas, quedará debidamente organizada la situación legal.

"El Ejército invita al pueblo, con quien cuenta, á seguir en la noble actitud de respeto y de moderación que ha guardado hasta hoy; invita, asimismo, á los bandos revolucionarios á unirse, para consolidar la paz nacional."

México, Febrero 18, 1913.

FELIX DIAZ.

V. HUERTA.

## Toma posesión el nuevo Gobierno

Cerca de las ocho de la noche del mismo martes, se trasladó el señor General Huerta al Ministerio de Gobernación, lugar donde se encontraba el señor General don Félix Díaz, con el objeto de conferenciar con él.

Más tarde, de la conferencia indicada, se levantó la siguiente acta, que se dió á conocer al público:

"En la ciudad de México, á las nueve y media de la noche del día 18 de Febrero de 1913, reunidos los señores General Félix Díaz y Victoriano Huerta, asistidos, el primero, por los licenciados Fidencio Hernández y Rodolfo Reyes, y el segundo por los señores teniente coronel Joaquín Mass é ingeniero Enrique Cepeda, expuso el señor General Huerta que, en virtud de ser insostenible la situación, por parte del Gobierno del señor Madero, para evitar más derramamiento de sangre y por sentimientos de fraternidad nacional, ha hecho prisionero á dicho señor, á su gabinete y á algunas otras personas; que desea expresar al señor general Díaz sus buenos deseos para que los elementos por él representados, fraternicen y, todos unidos, salven la angustiosa situación actual. El señor general Díaz expresó que su movimiento no ha tenido más objeto que lograr el bien nacional y que, en tal virtud, está dispuesto á cualquier sacrificio que redunde en beneficio de la patria.

Después de las discusiones del caso, en-



tre todos los presentes arriba señalados, se convino en lo siguiente.

Primero. Desde este momento se da por inexistente y desconocido el Poder Ejecutivo que funcionaba, comprometiéndose los elementos representados por los generales Díaz y Huerta, á impedir, por todos los medios, cualquier intento para el restablecimiento de dicho Poder.

Segundo. A la mayor brevedad se procurará solucionar, en los mejores términos legales posibles, la situación existente, y los señores general Díaz y Huerta pondrán todos sus empeños, á efecto de que el segundo asuma, antes de setenta y dos horas, la presidencia provisional de la República con el siguiente gabinete:

Relaciones: Licenciado Francisco León de la Barra.

Hacienda: Licenciado Totibio Esquivel Obregón.

Guerra: General Manuel Mondragón.

Fomento: Ingeniero Alberto Robles Gil.

Gobernación: Ingeniero Alberto García Granados.

Justicia: Licenciado Rodolfo Reyes.

Instrucción Pública: Licenciado Jorge Vera Estañol.

Comunicaciones: Ingeniero David de la Fuente.

Será creado un nuevo Ministerio, que se encargará de resolver la cuestión agraria y ramos anexos, denominándose de Agricultura, y encargándose de la cartera respectiva el licenciado Manuel Garza Aldape.

Las modificaciones que por cualquier

cosa se acuerden en este proyecto de gabinete, deberá resolverse en la misma forma en que se ha resuelto éste.

Tercero. Entre tanto se soluciona y resuelve la situación legal, quedan encargados de todos los elementos y autoridades de todo género, cuyo servicio sea requerido para dar garantías, los señores generales Huerta y Díaz.

Cuarto. El señor general Félix Díaz, declina el ofrecimiento de formar parte del gabinete provisional, en caso de que asuma la presidencia provisional el señor general Huerta, para quedar en libertad de emprender sus trabajos en el sentido de sus compromisos con su partido en la próxima elección, propósito que desea expresar claramente y del que quedan bien entendidos los firmantes.

Quinto. Inmediatamente se hará la notificación oficial á los representantes extranjeros, limitándola á expresarles que ha cesado el Poder Ejecutivo, que se provee á su sustitución legal; que, entre tanto, quedan con toda la autoridad del mismo los señores generales Díaz y Huerta, y que se otorgarán todas las garantías procedentes á sus respectivos nacionales.

Sexto. Desde luego se invitará á todos los revolucionarios á cesar en sus movimientos hostiles, procurándose los arreglos respectivos.

El general

El general

VICTORIANO HUERTA, FELIZ DIAZ.

El señor general Huerta y el señor general Díaz, quedaron encargados de todos los elementos y autoridades de todo género, conforme lo habían estipulado, en el acuerdo que celebraron el día anterior.

El miércoles apareció en varios periódicos de la mañana, la siguiente convocatoria, lanzada por un grupo de Diputados, para reunirse en la Cámara, con el objeto de deliberar:

"En vista de las gravísimas circunstancias por que atraviesa la Nación, atentos los acontecimientos verificados en esta capital y lo sucedido ayer, los diputados que suscriben, considerando indispensable y salvador para el país la reunión de ambas cámaras, y, en consecuencia, de acuerdo con las disposiciones legales vigentes, convocan á los miembros de ambas cámaras, para que hoy mismo, á las nueve a. m., ó tan luego como les fuere posible, se reúnan en la Cámara de Diputados para deliberar.

México, 19 de Febrero de 1913.

Armando Z. Ostos, Gonzalo Herrera, Manuel F. de la Hoz, Salvador Moreno Arriaga, Francisco de G. Arce, Manuel Villaseñor, Pablo Salinas y Delgado, Ignacio Peláez, Federico Villaseñor, Manuel Malo y Juvera, Moisés García, Querido Moheno, Albino Acereto, José Mariano Pontón, Luis Jasso, Eduardo Tamariz, Juan Galindo Pimentel, Prisciliano Maldonado, Luis G. Chaparro, Demetrio López, Angel Rivera Caloca, Antonio Domínguez Villarreal, Gonzalo Ruiz, José R. Azpe, Tomás Braniff.

Invitamos atentamente á los señores diputados que suscriben este documento; á mi vez, y cerciorado de las garantías que se nos ofrecerán, ruego á todos mis amigos obsequien la anterior cita.

Francisco Escudero.

Por la mañana se reunió en la Cámara

un numeroso grupo de señores diputados; pero como no se completara el quórum, no pudo efectuarse la sesión, acordándose llamar á los suplentes de los diputados ausentes.

Por la tarde, á las cuatro, se reunieron nuevamente los representantes del pueblo, y la sesión pudo llevarse á cabo, con el llamamiento hecho á los suplentes.

Una comisión de diputados se acercó á los señores Madero y Pino Suárez, y les indicaron la conveniencia de que presentaran sus renunciaciones, en lo que estuvieron de acuerdo, prometiendo enviarlas á la Cámara, por conducto del Ministro de Relaciones Exteriores.

Minutos más tarde se dió cuenta, en la Cámara, con la renuncia presentada por los señores Madero y Pino Suárez, la cual estaba concebida en los siguientes términos:

"En vista de los acontecimientos que se han desarrollado de ayer acá, y con el fin de facilitar la solución política de los graves problemas que actualmente preocupan á la Nación, hacemos, ante la Cámara de Diputados formal renuncia de los cargos de Presidente y Vicepresidente constitucionales de los Estados Unidos Mexicanos.

"Lo que comunicamos á usted para los efectos legales.

México, Febrero 19 de 1913.

"Francisco I. Madero.

"José María Pino Suárez."

"A los CC. secretarios de las Cámaras de Diputados. "Presentes."

Dicha renuncia pasó, para su estudio, á las comisiones segunda de Gobernación y se-

gunda de Puntos Constitucionales, las cuales dictaron en el sentido de que era de aceptarse. Puesto á discusión el dictamen, se aprobó por mayoría de votos.

Las mismas comisiones, en su dictamen, proponían se llamara al señor licenciado don Pedro Lascuráin, Ministro de Relaciones, para que se presentara á rendir la protesta de ley como Presidente interino de la República.

El señor Ministro Lascuráin se presentó minutos después en la Cámara de Diputados, rindiendo la protesta de ley ante el presidente de ella, señor coronel Romero.

La secretaría dió cuenta con un oficio del señor Presidente Lascuráin, en el que daba cuenta á la Cámara haber nombrado Ministro de Relaciones al señor general Huerta.

Después de la lectura de este documento, fué leída la renuncia que del puesto de Presidente de la República, presentaba el licenciado Lascuráin, la que fué aceptada, previo dictamen de las comisiones de Gobernación y Puntos Constitucionales, quienes propusieron se llamara al señor general de división don Victoriano Huerta, para que protestara como Primer Magistrado de la Nación.

El señor general Huerta fué introducido al salón por una comisión de diputados. Vestía traje de etiqueta. Al llegar á la plataforma, estrechó la mano del coronel Romero, ante el cual rindió la protesta.

El señor general de división don Victoriano Huerta, era esperado á la puerta de la Cámara por un piquete de guardabosques del Bosque de Chapultepec y dos secciones de ru-

rales, las cuales le tributaron los honores de ordenanza.

El general Huerta se dirigió inmediatamente al Palacio Nacional.

Al día siguiente, jueves, protestaron ante el señor general Huerta, como secretarios de Estado, el señor licenciado Rodolfo Reyes, Ministro de Justicia; general Manuel Mondragón, Ministro de la Guerra; ingeniero Alberto García Granados, Ministro de Gobernación; ingeniero Alberto Robles Gil, Ministro de Fomento; licenciado Toribio Esquivel Obregón, Ministro de Hacienda; licenciado Jorge Vera Estañol, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, é ingeniero Rafael Vázquez, Subsecretario de Comunicaciones, encargado interinamente de este despacho.

La solemne ceremonia de protesta fué presenciada por militares de la guarnición, vistiendo trajes de campaña. El acto terminó cerca de la una de la tarde.

Cuando rindió la protesta de ley, como Ministro de la Guerra, el señor general don Manuel Mondragón, fué calurosamente aplaudido.

El señor licenciado don Francisco León de la Barra, rindió la protesta de ley como Ministro de Relaciones Exteriores, hasta el día siguiente, pues esperaba la contestación del Senado á la solicitud que envió á esa alta Cámara, pidiendo una licencia indefinida para hacerse cargo del puesto con que el señor Presidente de la República lo había distinguido.

Los nombramientos hechos por el señor general Huerta, para secretarios de Estado, causaron magnífica impresión en el público,

que ha tenido oportunidad de conocer las cualidades de todos y cada uno de los miembros que forman parte del gabinete del señor Presidente Huerta.

Por la rapidez con que escribimos estas líneas, nos vemos impedidos de estudiar á cada una de las distinguidas personas que integran el gabinete del Presidente Huerta.

## Desfile triunfal

Las fuerzas felixistas permanecieron en sus mismas posiciones el miércoles y jueves, en previsión de una posible intentona de levantamiento por parte de algunos elementos maderistas, muy escasos por cierto.

Los periódicos del viernes anunciaron, para la tarde de aquel día, el desfile de las tropas felixistas por las principales calles de la ciudad, hasta llegar al Palacio Nacional.

Desde las primeras horas de la tarde del viernes, una compacta multitud estaba situada en las calles de San Francisco y Avenida Juárez, esperando el desfile.

Los balcones y fachadas de casas comerciales y particulares, estaban adornadas con banderas de todas las naciones. Los balcones y zaguanes estaban plétóricos de gente.

Como á las cuatro de la tarde pasaron, en carruajes descubiertos, los señores ministros García Granados, Vera Estañol y Robles Gil, por las calles de San Francisco, con dirección al Ministerio de Gobernación, para invitar al general Díaz á ir al Palacio Nacional.

Cerca de las cuatro y media de la tarde, el general don Félix Díaz y las fuerzas que con él estaban en el Ministerio de Gobernación, se dirigieron á la Ciudadela, con el fin de organizar la columna que habría de desfilar minutos más tarde.

Un inmenso gentío rodeaba el Ministerio de Gobernación, y al salir el general Díaz, fué delirantemente ovacionado, lo mismo que sus fuerzas.

En medio de ensordecedor clamoreo, el general Díaz llegó á la Ciudadela en los momentos que se organizaba la columna militar, que salió cerca de las cinco de la tarde de aquella fortaleza.

El aspecto que presentaban ese día las avenidas y calles más céntricas de la ciudad, era el de un día de fiesta nacional. Las banderas de los países extranjeros ondeaban majestuosamente en lo alto de los edificios.

Desde la Avenida de Bucareli hasta la esquina que forman las calles del Empedradillo y Avenida de San Francisco, no había un solo edificio sin adorno.

Después de dos horas de espera, cerca de las cinco y media de la tarde, se vió allá, á lo lejos, por la estatua ecuestre de Carlos Cuarto, una descubierta de alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes.

Desapareció el aburrimiento, y la gente se disponía á tomar el mejor sitio, para presenciar á su sabor el desfile.

Las ovaciones se sucedían unas á otras. Manos femeninas y delicadas aplaudían á los rebeldes de la Ciudadela; bocas jóvenes y fres-

cas sonreían á los soldados; el entusiasmo era desbordante y la alegría infinita.

Seguían á la descubierta de aspirantes á caballo, un alumno de este plantel, que portaba una bandera cubierta de negro crespón, en señal de duelo por las víctimas de la guerra; un grupo de nuestros típicos charros, jinetes en arrogantes caballos; detrás, caminaban lentamente automóviles plétóricos de militares y civiles que pelearon en la Ciudadela. Dos carruajes descubiertos, de la Presidencia, llevaban los retratos de los generales don Bernardo Reyes y don Gregorio Ruiz, enlutados con crespón.

Atrás iban varios coches particulares y automóviles, conduciendo grupos de personas que pelearon para derrocar al gobierno maderista; grupos de voluntarios, entre los que se encontraban individuos de nacionalidad española, y á la retaguardia, el cuerpo de artilleros y los regimientos de caballería y cuerpos rurales que secundaron el movimiento revolucionario.

De los balcones y azoteas se arrojaban frescas flores á los victoriosos; la serpentina entrelazada iba de un lado á otro de la calle, formando arcos de triunfo.

Una tupida lluvia de confetti multicolor caía sobre la cabeza y hombros de los rebeldes.

La columna seguía su marcha con dirección al Palacio Nacional. Al primer regimiento de artillería seguía un grupo de obreros voluntarios que, desde el primer día de combate, estuvieron en lo Ciudadela. Iban también motoristas y conductores.

Un grupo de soldados del 29o. Batallón

tomó también parte en el desfile, y á su paso por las calles fué calurosamente aplaudido.

Ya para terminar la columna iban los Generales Félix Díaz, Manuel Mondragón y Manuel Velázquez, rodeados de numerosos de sus partidarios.

Apenas la multitud, que se agolpaba en la Avenida Juárez, distinguió á los jefes del movimiento armado, prorrumpió en vivas y aplausos.

Así continuó su marcha la columna que cerraban tres coches de la presidencia llevando á bordo á los Ministros García Granados, Vera Estañol, y Robles Gil seguidos de automóviles y coches particulares.

La columna desfiló por los portales de Mercaderes y las Flores, pasando por el Palacio Nacional, desde uno de cuyos balcones el señor Presidente de la República, General de División D. Victoriano Huerta, presenciaba el desfile, acompañado de varios de sus Ministros, altos jefes militares y Ayudantes de su Estado Mayor.

La columna hizo un pequeño alto frente á Palacio, lanzándose vivas al General Huerta, al General Blanquet y á sus Ministros. Los soldados felixistas continuaron su marcha por las calles del Reloj.

Llegó á la puerta de Palacio el señor General D. Félix Díaz, bajó del caballo, y acompañado de los Generales Mondragón, Velázquez, Lic. Fidencio Hernández y algunas otras personas, penetró al viejo Palacio de los Virreyes en medio de las aclamaciones delirantes de la multitud.

En el salón de recepciones se encontra-

ba el señor Presidente Huerta rodeado de numerosas personas. La sala había sido invadida por una multitud heterogénea, que lanzó vivas á los Generales Díaz y Huerta, cuando el primero penetró al salón.

El General Huerta dió algunos pasos como para encontrar al General Díaz, y abriendo los brazos lo estrechó contra su pecho, diciéndole en medio de una intensa emoción que se había apoderado de los concurrentes: "Querido hermano y General: Quiera Dios, hermano, que no volvamos á presenciar espectáculos tan sangrientos como los que pasaron. Yo quiero que todos nos unamos para trabajar por el bien de la patria, por su pacificación, para hacer de ella un país grande y fuerte como el primero."

Los aplausos interrumpieron las últimas palabras del viejo militar; una vez repuesto el silencio, el señor General Díaz contestó en los siguientes términos al Sr. General Huerta:

—"Señor Presidente de la República: Nosotros no pensamos combatir más. Todos estamos en la mejor disposición de ayudarlo, y trabajaremos, señor General, por el engrandecimiento de la República."

El General Huerta abrazó nuevamente al General Díaz. Los aplausos y vítores eran estruendosos, interminables.

En medio de aquella entusiasta manifestación, surgió potente el grito: "Consagremos un recuerdo á la memoria del General Reyes."

—"¡Viva el General Reyes!" prorrumpieron todos.

El General Díaz salió de Palacio, térmi-



*Gendarmes muertos en la toma de la Ciudadela.*